

en la costa había muy pocas tropas, y quería en fuerza de su osadía efectuar al momento el desembarque. El conde d'Hervilly, que era valiente y capaz de disciplinar bien un regimiento, aunque no de dirigir una operación, y quisquilloso, sobre todo cuando se trataba de su autoridad y deberes, dijo que él mandaba las tropas, que respondía de su conservación al gobierno inglés y que no las aventuraría en una costa enemiga y desconocida hasta haber hecho un reconocimiento. Perdió todo un día en recorrer la costa con un anteojo, y aunque no descubrió un soldado, se negó sin embargo á que las tropas desembarcaran. Puisaye y el comodoro Waren decidieron que lo efectuaran, y d'Hervilly consintió por fin en ello, saltando en tierra el 9 mesidor (27 de junio) aquellos franceses imprudentes y ciegos, llenos de alegría porque iban á encender la guerra civil en un país donde debían hallar tan contraria suerte.

La bahía en que habían anclado la forma por un lado la orilla de la Bretaña y por otro una península de cerca de una legua de latitud y de dos de longitud; es la famosa península de Quiberón; enlázase con la tierra firme por una estrecha faja de arena, de una legua de largo, conocida con el nombre de *Cortada*. El fuerte Penthièvre, situado entre esta faja y la península, impide la aproximación del enemigo por la parte de tierra, y contaba entonces con setecientos hombres de guarnición. La bahía formada por esta península y la costa ofrece á los buques una de las radas más seguras del continente.

La expedición había desembarcado en el fondo de la bahía en el pueblo de Carnac. En el instante en que llegaba, diversos jefes, Dubois-Berthelot, d'Allegre, Jorge Cadoual y Mercier, advertidos por Tinteniác, acudieron con sus tropas y dispersaron algunos destacamentos que guardaban las costas, obligándolos á replegarse en el interior, después de lo cual se dirigieron á la orilla. Llevaban consigo cuatro ó cinco mil hombres aguerridos, aunque mal armados y equipados, y que no yendo en fila parecían más bien moreadores que soldados. Á estos chuanes habíanse reunido los campesinos de las cercanías, gritando: *viva el rey!*, y llevaban huevos, aves y víveres de toda especie para aquel ejército libertador que iba á devolverles su príncipe y su religión. Puisaye, regocijado al ver aquello, confiaba ya en que toda la Bretaña iba á sublevarse; pero los emigrados que le acompañaban no sentían la misma impresión; habiendo vivido en las cortes ó servido en los más brillantes ejércitos de Europa, veían con disgusto y poca confianza los soldados que debían mandar. Muy pronto comenzaron á oírse las burlas y las quejas: habiéndose traído varias cajas de fusiles y otras con uniformes, los chuanes se precipitaron sobre ellas, y como quisieran restablecer el orden algunos sargentos del regimiento de d'Hervilly, trabóse una refriega que á no ser por Puisaye hubiera podido tener fatales consecuencias. Estas primeras circunstancias eran poco propias para infundir confianza entre los insurrectos y las tropas regulares, que llegando de Inglaterra y perteneciendo á esta potencia, eran por este título algo sospechosas para los chuanes. Sin embargo, armóse á las partidas que llegaban, y cuyo número se elevó á diez mil hombres en dos días: entregáronles uniformes rojos y fusiles, y Puisaye quiso después darles jefes. Faltaban oficiales, por-

que los cuarenta caballeros voluntarios que le habían seguido eran insuficientes; no tenía aún los cuadros á su disposición, pues según el plan convenido cruzaban todavía por delante de Saint-Maló; y proponíase por lo tanto tomar algunos oficiales de los regimientos, donde figuraban en gran número, distribuirlos entre los chuanes, marchar después rápidamente sobre Vannes y Rennes, no dar tiempo á los republicanos para reconocerse, sublevar á todo el país, é ir á tomar posición detrás de la importante línea del Mayenne. Una vez allí, dueño de cuarenta leguas de país y habiendo insurreccionado á toda la población, Puisaye pensaba que sería tiempo de organizar las tropas regulares. D'Hervilly, hombre valeroso, pero metódico, y que despreciaba aquellos chuanes irregulares, rehusó dar oficiales para aquella gente, y quería elegir entre ella misma algunos hombres para completar los regimientos, á fin de avanzar después con el objeto de reconocer el terreno y elegir posiciones. No era este el plan de Puisaye, quien quería valerse de su autoridad; pero d'Hervilly la negó, diciendo que el mando de las tropas regulares le pertenecía, que él era responsable de su seguridad al gobierno inglés, y que no debía comprometerlas. Puisaye le hizo presente que no tenía dicho mando sino durante la travesía, y que llegado á la tierra de Bretaña, él, Puisaye, era el jefe supremo y el encargado de las operaciones. Acto continuo envió una balandra á Londres para obtener la explicación de los poderes, y entretanto conjuró á d'Hervilly á no frustrar la empresa con funestas divisiones. D'Hervilly, hombre intrépido y de buena fe, no era bueno para la guerra civil, é inspirábanle una marcada repugnancia aquellos insurgentes harapientos. Todos los emigrados, por otra parte, pensaban como él, que no habían venido para hacer la guerra con aquella gente; que Puisaye los comprometía conduciéndolos á Bretaña; que en la Vendée era donde se debió desembarcar, y que allí habrían hallado al ilustre Charette y seguramente otras tropas.

Perdiéronse varios días en discusiones de este género, y al fin se distribuyó á los chuanes en tres cuerpos para hacerles tomar posiciones avanzadas, de manera que se cortasen los caminos de Lorient á Hennebón y Auray. Tinteniác con un cuerpo de dos mil quinientos chuanes fué á colocarse á la izquierda, en Lendevant; Dubois-Berthelot á la derecha, hacia Auray, con una fuerza casi igual; y el conde de Vaubán, uno de los cuarenta caballeros voluntarios que habían seguido á Puisaye y uno de aquellos que por su reputación y mérito debía figurar en primer rango, se encargó de ocupar una posición central en Mendón con cuatro mil chuanes, de modo que pudiese auxiliar á Tinteniác ó Dubois-Berthelot. Tenía el mando de toda esta línea defendida por nueve ó diez mil hombres y avanzada á cuatro ó cinco leguas en el interior. Al verse los chuanes allí, preguntaron al punto por qué no se agregaban á ellos tropas de línea, en las cuales confiaban más que en sí mismos; alegaron haber venido para colocarse alrededor de ellas, seguirlas y apoyarlas, pero pensaban que avanzarían las primeras para recibir el temible choque de los republicanos. Vaubán pidió sólo cuatrocientos hombres, ya para resistir á un primer ataque en caso de necesidad, ó bien para tranquilizar á sus chuanes, darles el ejemplo y probarles que no se quería ex-

ponerles á ellos solos. D'Hervilly rehusó al principio, después hizo esperar y al fin envió el destacamento.

Hacia cinco días que se había efectuado el desembarque, y aún no se hallaban las fuerzas sino á tres ó cuatro leguas en el interior. Puisaye estaba muy descontento; pero sufría todas aquellas contrariedades, esperando, vencer las lentitudes y los obstáculos que le oponían sus compañeros de armas. Pensando que en todo caso convendría asegurarse un punto de apoyo, propuso á d'Hervilly apoderarse de la península, sorprendiendo el fuerte Penthièvre, pues una vez dueños de él, y como cerraba la península por la parte de tierra, si les apoyaban en ambos lados las escuadras inglesas, tendrían una posición inexpugnable; la península, de una legua de ancho y dos de largo, llegaría á ser así un punto tan seguro y más cómodo que el de Saint-Maló, Brest ó Lorient, y los ingleses podrían depositar todo cuanto hubieran prometido en armas ó municiones. Esta medida de seguridad debía complacer á d'Hervilly y consintió en ella, pero quería que se atacase con regularidad el fuerte Penthièvre. Puisaye no le escuchó, y habiendo proyectado un ataque á viva fuerza ofrecióse á secundarle el comodoro Waren, hombre de gran celo, con todos los fuegos de su escuadra. Comenzó el cañoneo el 1.º de julio (13 mesidor), y se fijó para el 3 (15 mesidor) el ataque decisivo. Mientras se hacían los preparativos, Puisaye destacó emisarios por toda la Bretaña, á fin de dar aviso á Scepeaux, Charette, Stofflet y á todos los jefes de las provincias insurrectas.

La noticia del desembarco había circulado con singular rapidez, recorriendo en dos días toda la Bretaña y en pocos la Francia entera. Los realistas, muy contentos, y los revolucionarios, ciegos de enojo, creían ver ya á los emigrados en París. La Convención envió inmediatamente dos comisionados extraordinarios á Hoche, eligiendo á Blad y Tallián, pues la presencia de este último en el punto amenazado debía probar que los temerarios eran tan opuestos al realismo como al terror. Hoche, dotado de calma y energía, escribió en el acto al comité de salvación pública para tranquilizarle. «Calma, le decía, actividad, los víveres de que carecemos y los doce mil hombres que me habéis prometido hace tanto tiempo.» Después dió órdenes á su jefe de Estado Mayor, disponiendo que el general Chabot fuese á situarse entre Brest y Lorient, con un cuerpo de cuatro mil hombres, para volar en auxilio de los dos puertos que estuviesen amenazados. «Vigilad sobre todo á Brest, dijo; y en caso de necesidad, encerraos en la plaza y defendeos hasta morir.» Luego escribió á Auber-Dubayet, que mandaba en las costas de Cherburgo, previniéndole que enviara tropas al Norte de Bretaña á fin de proteger á Saint-Maló y la costa. Para preservar al Mediodía, rogó á Canclaux que vigilara siempre á Charette y Stofflet, enviándole por Nantes y Vannes al general Lemoine con socorros. Después mandó reunir á todas sus tropas en Rennes, Ploermel y Vannes, y las escalonó en estos tres puntos para proteger la retaguardia, avanzando en seguida él mismo sobre Auray con cuantas fuerzas pudo reunir. El 14 mesidor (2 de julio) hallábase ya en Auray con tres ó cuatro mil hombres.

La Bretaña quedaba de este modo rodeada por completo. Aquí debían desvanecerse las ilusiones que hizo

nacer la primera insurrección de la Vendée, porque en 93, los campesinos no hallaron ante sí más que guardias nacionales, todos menestrales que no sabían manejar un fusil, y así pudieron apoderarse de todo el Poitou y del Anjou, formando después en sus barrancos y espesuras un centro difícil de destruir. Creyóse que Bretaña se sublevaría á la primera señal de Inglaterra; pero los bretones distaban mucho de tener el ardimiento de los primeros vandeños; sólo algunos bandidos, tomando el nombre de chuanes, estaban resueltos á la guerra, ó mejor dicho, al pillaje; y además un joven capitán, cuya viveza igualaba al genio y que disponía de tropas aguerridas, contenía á toda una población con mano firme y segura. ¿Podía sublevarse la Bretaña en medio de semejantes circunstancias, á menos que el ejército que iba á sostenerla no avanzase rápidamente en vez de hacer reconocimientos en la orilla del Océano?

No era esto todo: una parte de los chuanes que estaban bajo la influencia de los agentes realistas de París, esperaban, para reunirse con Puisaye, á que se presentase un príncipe con él. El grito de aquellos hombres y de todos los que participaban de sus intrigas fué que la expedición era insuficiente y falaz, y que Inglaterra venía á Bretaña para repetir los acontecimientos de Tolón. No se decía ya que quisiera dar la corona al conde de Artois, puesto que no estaba allí, sino al duque de York, y escribióse que no se debía secundar la expedición, sino obligarla á reembarcarse para ir en busca de Charette. Este último no deseaba otra cosa: contestó á las instancias de los agentes de Puisaye que había enviado á Mr. de Scepeaux á París para reclamar el cumplimiento de uno de los artículos de su tratado, y que le era preciso esperar la vuelta de aquel oficial á fin de no exponerle á ser detenido al tomar las armas. En cuanto á Stofflet, que estaba mejor dispuesto hacia Puisaye, envió á decir que si le aseguraban el grado de teniente general marcharía en el acto para distraer á los republicanos por la espalda.

Así, pues, todo se conjuraba contra Puisaye: miras opuestas á las suyas entre los realistas del interior, envidias entre los jefes vandeños, y por último un adversario hábil, con fuerzas bien organizadas, suficientes para reprimir lo que aún quedara en los bretones de celo realista.

El 15 mesidor (3 julio) era el día fijado por Puisaye para atacar el fuerte Penthièvre. Los soldados que le guardaban carecían de pan hacía tres días; amenazados de un asalto á viva fuerza, sufriendo el fuego de los buques y mal mandados, rindiéronse entregando el fuerte á Puisaye; pero en el momento mismo, Hoche, situado en Auray, mandaba atacar todos los puestos avanzados de los chuanes para restablecer la comunicación de Auray con Hennebón y Lorient. Había dispuesto un ataque simultáneo sobre Landevant y hacia el puesto de Auray. Los chuanes de Tinteniác, vigorosamente atacados por los republicanos, no resistieron á las tropas de línea; Vaubán, situado en Mendón, acudió con una parte de su reserva en auxilio de Tinteniác; pero encontró ya su gente dispersa, y la que él mandaba emprendió la fuga al ver la derrota; de modo que se vió precisado á huir, cruzando á nadó dos pequeños brazos de mar, para ir á reunirse con el resto de sus chuanes en Mendón. A su derecha, Dubois-Berthelot

había sido rechazado; veía también á los republicanos avanzar por la izquierda, é iba á encontrarse en medio de ellos. En aquel momento habrían sido muy útiles los cuatrocientos hombres de línea que pidió para sostener á sus chuanes y hacerles volver al combate; pero d'Hervilly acababa de llamarlos para el ataque del fuerte. Sin embargo, infundió un poco de valor á los suyos, decidiéndolos á que aprovecharan la ocasión para caer por la espalda sobre los republicanos que se internaban demasiado en persecución de los fugitivos; inclinóse entonces á su izquierda, y atacó un pueblo donde el enemigo acababa de entrar en pos de los chuanes. No esperando los republicanos aquel brusco ataque, hubieron de plegarse. Vaubán se dirigió después hacia su posición de Mendón, pero encontróse solo. Todos habían huído á su alrededor, y fuéle preciso retirarse también, aunque ordenadamente y después de un acto de vigor que había moderado la rapidez del enemigo.

Los chuanes estaban indignados de haberse visto expuestos ellos solos á los golpes de los republicanos, quejándose amargamente de que se hubiese llamado á otro punto á los cuatrocientos hombres de línea. Puisaye hizo cargos á d'Hervilly, quien dijo que los había necesitado para el ataque del fuerte; pero estas quejas recíprocas no remediaron nada, y de una parte y otra continuó la irritación. Sin embargo, eran dueños de Penthièvre: Puisaye mandó desembarcar en la península todo el material enviado por los ingleses; fijó allí su cuartel general, transportando todas las tropas, y resolvió establecerse sólidamente. Al efecto dió órdenes á los ingenieros para perfeccionar la defensa del fuerte, agregando otras obras avanzadas, y enarbolóse la bandera blanca al lado de la inglesa en señal de alianza entre los reyes de Francia é Inglaterra. Por último, decidióse que cada regimiento facilitaría á la guarnición un número de hombres proporcionado á su fuerza. D'Hervilly, que tenía mucho afán por completar el suyo, haciéndolo con buenas tropas, propuso á los republicanos prisioneros pasar á su servicio, formando un tercer batallón en su regimiento. El dinero, los víveres de que habían carecido, la repugnancia á continuar prisioneros y la esperanza de poder reunirse muy pronto con Hoche, les decidieron al fin, y fueron alistados en el cuerpo de d'Hervilly.

Puisaye, que pensaba siempre en marchar hacia adelante, y que sólo se había detenido á tomar la península para asegurarse una posición en los lados, habló vivamente á d'Hervilly, dándole las mejores razones para inducirle á secundar sus miras, y hasta le amenazó con pedir su reemplazo si persistía en su negativa. D'Hervilly pareció prestarse á sus proyectos un momento. Los chuanes, según Puisaye, sólo necesitaban ser sostenidos para dar pruebas de bravura; era preciso distribuir las tropas de línea en su frente y retaguardia, dejándolos así en el centro, y con doce ó trece mil hombres, de los cuales tres mil serían de línea, se podría pasar sobre las fuerzas de Hoche, que en aquel momento no contaba sino con cinco ó seis mil hombres. D'Hervilly consintió en el plan, en el momento en que Vaubán, creyendo su posición muy peligrosa, por haber perdido la que ocupaba antes, pedía instrucciones y auxilio. D'Hervilly le envió una orden redactada en el estilo más pedantesco, y en la cual se le prevenía que se plegase sobre Carnac,

prescribiéndole movimientos tales como no hubieran podido ejecutarlos las tropas más prácticas de Europa.

El 5 de julio (17 mesidor) Puisaye salió de la península para pasar revista á los chuanes, y d'Hervilly hizo lo mismo con su regimiento, á fin de poner en ejecución el proyecto de marchar hacia adelante, acordado la víspera. Puisaye no halló más que tristeza, abatimiento y enojo en los hombres que algunos días antes parecían llenos de entusiasmo: decían que se trataba de exponerlos á ellos solos, sacrificándolos á las tropas de línea. Puisaye les tranquilizó lo mejor que pudo, tratando de infundirles algún valor. D'Hervilly, por su parte, al ver aquellos soldados vestidos de rojo, que llevaban tan torpemente el uniforme y el fusil de bayoneta, dijo que no se podía hacer nada con semejantes tropas, y mandó á su regimiento volver á entrar. En aquel instante encontróse Puisaye y le preguntó si aquel era el modo de cumplir el plan convenido, á lo cual contestó d'Hervilly que jamás se aventuraría á marchar con semejantes soldados; y que no quedaba otro medio sino reembarcarse ó encerrarse en la península para esperar nuevas órdenes de Londres, que en su concepto prevendrían la marcha á la Vendée.

Al día siguiente, 6 de julio (18 mesidor), recibió Vaubán un aviso secreto de que los republicanos iban á atacarle en toda su línea. Hallábase en la situación más peligrosa: su izquierda se apoyaba en un punto llamado Santa Bárbara, que comunicaba con la península; mas su centro y derecha guarnecían la costa de Carnac, y no tenían más retirada que el mar. Así, si se veía fuertemente atacado, su derecha y su centro podían ser arrojadas al mar, y únicamente su izquierda se salvaría por Santa Bárbara en Quiberón. Sus chuanes desanimados no podían hacer resistencia, de modo que no le quedaba más recurso que plegarse su centro y derecha hacia la izquierda y desfilarse por la Cortada á la península; pero entonces se encerraban en aquella lengua de tierra sin poder salir, porque el punto de Santa Bárbara, que se abandonaba y no podía defenderse por la parte de tierra, era inexpugnable por el lado de la Cortada y la dominaba toda. Este proyecto de retirada era, por lo tanto, lo mismo que la resolución de encerrarse en la península de Quiberón. Vaubán pidió auxilios para no verse reducido á retirarse, pero d'Hervilly le envió otra orden redactada con toda la altisonancia del estilo militar, obligándole á mantenerse firme en Carnac hasta el último extremo. Puisaye ordenó al punto á d'Hervilly que enviase tropas, y al fin lo prometió.

Al día siguiente, 7 de julio (19 mesidor), al amanecer, se adelantan los republicanos en columnas cerradas para atacar á los diez mil chuanes en toda la línea. Miran éstos á la Cortada y no ven llegar las tropas regulares, por lo cual se enfurecen contra los emigrados que no vienen á socorrerles. El joven Jorge Cadoudal, cuyos soldados no quieren batirse, les suplica que no se dispersen; pero ellos no le hacen caso; furioso entonces Jorge, exclama que los malvados de los ingleses y emigrados han venido sólo para perder la Bretaña, y que hubiera debido tragarseles el mar antes de llegar á la costa.

Vaubán ordena entonces á la derecha y centro que se replieguen sobre la izquierda para salvarlos por la Cortada en la península. Los chuanes se precipitan cie-

gos, seguidos la mayor parte de sus familias, que huyen de la venganza de los republicanos. Las mujeres, los niños y los ancianos, cargados con los muebles y confundidos entre la multitud de chuanes con uniformes encarnados, cubren aquella lengua de arena estrecha y larga, bañada en ambos lados por las olas y cruzada ya de balas y metralla. Vaubán, llamando entonces á todos los jefes, procura reunir los hombres más valientes, les aconseja que no se pierdan en una fuga precipitada, y les ruega por su vida y honor que se retiren ordenadamente. Así, les dice, se avergonzará la tropa de línea que les deja abandonados y expuestos á todo el peligro. Les va tranquilizando poco á poco, les decide á que hagan cara al enemigo sufriendo su fuego y respondiendo á él, y entonces, gracias al denuedo de los jefes, empieza á efectuarse con calma la retirada, disputándose el terreno palmo á palmo. Sin embargo, no tienen seguridad de resistir á una carga vigorosa ni de no ir á parar al mar; pero por fortuna el valiente comodoro Waren, sosteniéndose con sus buques y lanchas cañoneras, empieza á hostilizar á los republicanos por ambos lados de la Cortada y les impide continuar aquel día su triunfo.

Apresúranse los fugitivos para entrar en el fuerte, pero les disputan por un momento la entrada, y se precipitan entonces sobre la estacada, la arrancan y entran confundidos en la península. Llegaba á la sazón d'Hervilly con su regimiento, le encuentra Vaubán, y en un arrebato de cólera le dice que le pedirá cuenta de su conducta en el consejo de guerra. Los chuanes se esparcen por toda la península, donde había algunas aldeas y caseríos. Todos los alojamientos los habían ocupado los regimientos, por lo que arman pendencias; mas al fin los chuanes duermen en campo raso, les dan media ración de arroz y se lo comen crudo por no tener medios de cocerlo.

Así, aquella expedición que debía llevar la bandera de los Borbones é ingleses hasta la orilla del Mayena, se hallaba ahora estrechada en esta península, que tenía dos leguas de larga. Había de doce á quince mil bocas más para comer, y no tenían alojamiento que darles, leña para hacer lumbre ni utensilios para preparar sus alimentos. Defendida la península por un fuerte á su extremidad y guarnecida en ambos lados por las escuadras inglesas, podían oponer una resistencia invencible; pero se debilitaba por la falta de víveres.

No habían llevado, en efecto, más que los necesarios para seis mil hombres en tres meses, y tenían diez y ocho ó veinte mil que alimentar. Salir de esta posición por un ataque repentino contra Santa Bárbara no era ya posible, porque los republicanos, llenos de valor, defendían este punto de modo que era inexpugnable por la parte de la península. Mientras en esta confusa mezcla de chuanes y emigrados no había más que desorden, odio y desaliento, en el campamento de Hoche, por el contrario, soldados y oficiales trabajaban con el mayor celo en colocar trincheras. «Yo veía, cuenta Puisaye, á los mismos oficiales en mangas de camisa, que únicamente se distinguían por la gola, manejar el azadón y activar los trabajos de sus soldados.»

Sin embargo, decidió Puisaye hacer una salida aquella misma noche para interrumpir los trabajos; pero la obscuridad y el cañón del enemigo introdujeron el des-

orden en sus filas, y hubieron de retroceder. Quejábanse los chuanes desesperados de que les habían engañado, y echaban de menos su antiguo sistema de guerra, pidiendo volver á sus bosques. Se morían de hambre, y d'Hervilly, para obligarles á alistarse en los regimientos, mandó que sólo se diese media ración á las tropas irregulares; mas se sublevaron éstas, y Puisaye, sin saber quién había dado tal orden, la revocó y se les dió la ración entera.

Lo que más distinguía á Puisaye además de su talento era una constancia sin límites, y así, lejos de desanimarse, pensó en escoger los chuanes más valientes y desembarcarlos en dos cuerpos para recorrer el país por la espalda de Hoche, sublevar los jefes de quienes no tenía noticias y dirigirlos en masa al campamento de Santa Bárbara, acometiéndole por la retaguardia, mientras las tropas de la península le atacasen de frente. Con esto se veía libre de siete ú ocho mil hombres: los empleaba útilmente, avivaba el celo notablemente amortiguado de los jefes bretones y preparaba un ataque contra la retaguardia del campamento de Santa Bárbara. Acordado el proyecto, eligió como pudo á los mejores chuanes y dió cuatro mil á Tinteniác, con tres intrépidos jefes, Jorge, Mercier y d'Allegre, y tres mil á MM. Jean-Jean y Lantivy. Tinteniác debía desembarcar en Sarzeau, cerca de la embocadura del Vilaine; Jean-Jean y Lantivy cerca de Quimper. Ambos debían, después de un rodeo bastante largo, reunirse en Baud el 14 de julio (26 mesidor), y marchar el 16 por la mañana contra la retaguardia del campamento de Santa Bárbara. Cuando iban á salir, los jefes de los chuanes se presentaron á Puisaye y suplicaron á su antiguo jefe que partiese con ellos, diciéndole que los traidores de los ingleses iban á perderlos; pero Puisaye no podía acceder á su petición. Salieron y desembarcaron felizmente. Puisaye escribió inmediatamente á Londres para decir que todo podía remediarse, pero que era preciso viniesen víveres, municiones, tropas y el príncipe francés inmediatamente.

Mientras ocurrían estos sucesos en la península, Hoche había reunido ya de ocho á diez mil hombres en Santa Bárbara, Aubert Dubayet había enviado de las costas de Cherburgo tropas para guardar el Norte de la Bretaña, y Canclaux un considerable refuerzo de Nantes al mando del general Lemoine. Los representantes habían frustrado todas las tramas para entregar Lorient y Saint-Maló, y la situación de los republicanos mejoraba por consiguiente de día en día. Entretanto Lemaitre y Brothier intrigaban aún con el mayor empeño para contrarrestar la expedición, habiendo escrito inmediatamente á la Bretaña para desaprobársela. Según ellos, esta operación tenía un objeto peligroso, porque ni el príncipe se hallaba en ella, ni había quien pudiese protegerla. Por consiguiente salieron varios agentes para comunicar en nombre del rey la orden de no hacer ningún movimiento, y avisaron á Charette que permaneciese en inacción. Según su antiguo sistema de aprovecharse de los auxilios de Inglaterra y engañarla, improvisaron allí mismo un plan. Formando parte de la intriga por la que debía caer Saint-Maló en manos de Puisaye, querían llevar á esta plaza los cuadros de los emigrados embarcados en la escuadra inglesa y apoderarse del puerto en nombre de Luis XVIII, mientras Puisaye obraba en Quiberón, tal vez, decían